
VIII.

Se presumía.

Estaba sentada en una butaca de terciopelo frente al sacerdote, quien con las manos hacia girar la borla del fiador de su manteo, á manera de huso de hilandera, y fijando los ojos en la alfombra, parecía gravemente ocupado en examinar la vegetacion pintada de rosas y parras que en aquella habia hecho nacer la mano del arte.

—¡Don Pedro, don Pedro, por Dios!—exclamó la dama, juntando sus manos con doloroso arrebató.—Déjeme usted respirar... Calle usted un momento. No me diga toda esa horrible historia así de repente... Mire usted que eso es poco caritativo... Es como echarme encima una montaña, un mundo, y aplastarme con él.

—¡Ay, hija mia! Bien comprendo que tu alma debe padecer terriblemente. Pero no cabe otro recurso que decirte la verdad. Acábense las medias palabrillas, los misterios, el secreto. ¡Ojalá no le hubiéramos empleado nunca! Esta situación difícil, complicada y, ¿por qué no decirlo? insoluble, viene á ser un resultado de la pasada conducta de disimulo.

—¿Y Vd. la ha visto?—preguntó despues de un rato de silencio la dama, cambiando de tono y poniendo en sus ojos todo el brillo de su alma.—¿Dónde está? Sáqueme Vd. de dudas. Explíquemelo todo, todo, todo. Quiero saberlo.

—Lo sabrás, hija mia, lo sabrás,—repuso el padre con cariñoso acento de aquiescencia.—Pero reposa tu ánimo un momento. Estás perturbada, calenturienta, fuera de tí. No discurre con tino, no recuerdas tus mismas palabras de hace un minuto, y parece que has perdido la discrecion y la memoria. Acabas de suplicarme que no te refriese así... de sopeton... lo que sucede, y ahora me constriñes á que use el lenguaje de la franqueza mas clara y disipe tus dudas... A eso vamos; pero, hija mia, ten en cuenta que si tu situacion es grave, no lo es menos la mia; que si á tí te ligan los vínculos del honor, á mí me sujetan los de un juramento hecho á mi mejor amigo cuando moria. Ese juramento fué el único consuelo de su atribulada vejez, y quebrantar-

le es defraudar la santa confianza que le inspiraba en vida. Yo mismo me encuentro lleno de dudas, y ni sé cómo relatarte lo que nos acaece á tí y á mí.

—¡Pobre padre mio!... Tiene Vd. razon... Soy una miserable, una mujer vil, indigna del respeto público. Durante quince años he dejado dormir los sentimientos que ahora despiertan con salvaje ímpetu de fieras. Todo lo que anda por aquí, dentro de mi pecho, y me incendia la sangre y me ahoga, es así como un amor muy grande ¡muy grande! á ese desdichado sér, víctima nuestra... sí, víctima nuestra... Y siendo amor, mas bien parece ódio, segun lo que me hace sufrir.

Y al pronunciar estas palabras, la mirada de la señora trocóse de triste y amistosa en torva, oscura, furibunda. Fijáronse sus ojos en el clérigo, y éste, que experimentó alguna sensacion extraña al sentirse mirado de aquel modo, apretó mas entre sus dedos la borla del fiador, como si fuese un amuleto contra las desesperaciones.

—No te dejes arrastrar por tan arrebatados furores. Eso no es cristiano, ni puede entrar en tu alma sinó como el relámpago en la atmósfera del mundo: en momentos de tempestad. Son sugerencias diabólicas, hija mia. El demonio no anda ahora por el mundo con su rabo negro, sus orejas de jumento y sus uñas de gato, no: anda en sutil espíritu, que se in-

troduce al menor descuido dentro de las almas, inyectándolas... esta es la palabra... inyectándolas el licor de las tentaciones pecaminosas... Refrena tu cólera, ten humildad y resignación. No olvides que mucha culpa tuya hay en el asunto... no olvides que el Señor, en su sabiduría admirable, puede haber dispuesto, ¿qué puede? ha dispuesto, sin duda alguna, que tu penitencia sea ésta. Recíbela como cosa del cielo. Dí con la boca de tu alma, que es la oración: «Señor, si es posible, que pase de mí este cáliz;» pero si el cáliz continúa delante de tus labios, bebe sus heces, apura su amargor. Esa es, entonces, tu penitencia.

—Es verdad, es verdad, padre mio, D. Pedro de mi alma. Hábleme usted así, con esa voz suave, con ese lenguaje de santo; eso me consuela. Aconséjeme usted. Yo he dicho ya esas palabras con mi mente, y el cáliz no se aparta; está aquí, aquí. (La dama se apretaba con ambas manos la contorneada y palpitante curva de su seno, dentro de la cual latía con fuerza y apresuramiento la onda de la vida.) Yo quiero beberle; pero no sé cómo se hace eso.

—Afortunadamente, para el cristiano hay siempre modo de realizar el martirio. Dios en su admirable sabiduría quiso conceder al hombre, en medio de su limitación de poder, algo en que fuese dueño absoluto de sí mis-

mo. Ese algo es el sacrificio. Cuando ya se ha hecho el sacrificio del cuerpo, y las penitencias, los ayunos, la maceración y el empleo de las crueles correas han ajado la robustez de los miembros; cuando brota de ellos sangre; cuando humea sobre la piel el rojo humor de las venas, entonces aún queda algo de que hacer oblación: queda el alma, que se toma entre las manos como una hostia y se levanta hacia el cielo, diciendo: «Señor, aquí está mi alma; va limpia de culpa: la he lavado yo, con mis manos pecadoras; acéptala, y dála espacio que ocupar en tus esferas.» Y al alma le nacen alas de arcángel y se va á la morada de la felicidad suprema.

Así hablaba el buen señor, amontonando flores retóricas de sermón y palabras de los libros devotos, con el deseo de presentar á su hija de confesonario como simpático un sacrificio que ya veremos cuál sea.

Oíale doña Ana; y muda, quieta, desfallecida, con el hermoso rostro entre las manos, y un tanto descompuesto el pelo, parecía la estatua del dolor humano en traje moderno, mas con toda la esbelta gentileza de líneas que en el mármol pentélico egendró el humano cincel. La negra falda de seda, y un pañuelo, negro también, que la cubría los hombros, vestían aquella estatua del color mas apropiado para su representación escultórica.

—No te afijas; no llores,—dijo el cura, tras breve pausa de silencio.

—No puedo menos de llorar; me ahogo, me ahogo. Las lágrimas llenan mi alma, hinchan mi corazón, y acuden á mis ojos en dos hondos ríos de amargo cauce. No puedo menos de dejarlas correr. Salgan todas ellas, y así se calmará este hervor de mi alma, este desasosiego infernal que me causa atroces tormentos, como si mil uñas de zarzas me rasgasen la piel, é implantándose dentro de mi persona, crecieran allí y prosperaran.

Un buen tronco de leña lucía en la chimenea, ardiendo con chisporroteo ruidoso. A veces estallaban entre la ceniza chasquidos secos, y lenguas de oro y grana subían ansiosas á lamer la resina que el chamuscado pino vertía gota á gota sobre el áscua; luego nuevamente reinaba el silencio en la habitación, y de rato en rato escuchábanse en lo alto de la chimenea rumores temerosos, algo como voces lejanas, zumbidos colosales, disputas del aire, resonancia tal vez de los lamentos que sin duda proferían los que se helaban á la intemperie. La cambiante llama, en cuyo oscilar tembloroso había mucho del aleteo de un pájaro de luz, diseñaba sobre la pared de papel rosáceo las sombras movibles de D. Pedro y de la de Añorbe, haciéndolas avanzar y retroceder con muecas irrisorias y gestos, ora cómicos, ora horriblemente trágicos. Cuando

D. Pedro levantó sus manos á la altura de su frente, y se estrechó ésta con desesperado ademán, su sombra parecía la de una vieja ánfora romana. Al fin se desprendieron los brazos de la ánfora de su cabeza, y se convirtió en vaso etrusco: lo cual significa que D. Pedro dejó de mesarse los cabellos y puso sus manos en contacto con el fiador del manto, donde pasaban su vida.

Dijo el vaso etrusco:

—¡Cordero celestial! No me apures muchacha. Vine preparado para aconsejarte, procuré imponerme la serenidad de espíritu necesaria, y tú me has trastornado con tu gimoteo y tu llanto. Afrontemos el hecho con franqueza, pero sin exageraciones. El hecho es que tu hija...

—Sí, dígalo Vd.: que mi hija ha parecido; que soy una madre indigna del perdón de Dios y desnaturalizada; que he engañado vilmente al pobre Acisclo, á un hombre tan bueno, tan honrado, tan caballeroso... Este es el hecho, ó, para hablar con mas propiedad, estos son los hechos.

—Ana, ¡por los santos clavos! ¿Quieres acabar con tus exageraciones? ¿Acaso yo no me siento lastimosamente herido por el suceso? ¡Es un digno castigo que Dios nos manda! A tí por tu gran caída... sí..., ¡que fué muy grande!... á mí por mis consejos, que á lo que ahora entiendo, los inspiró el mismo diablo...

¡Bien sabe el señor que no quise hacer daño á esa pobre criatura! Bien sabe que fué tu tranquilidad y la de tu padre lo que yo procuré; pero aún así no será menor mi culpa.

—Mas ¿qué hago yo aquí con mis lamentos y mis explicaciones? Aun no he intentado siquiera remediar el daño que causé, y ya trato de justificar mi vileza. ¿Dónde está mi hija? ¿Dónde y cómo la encontró Vd.?

Así dijo la dama, alzándose del sillón en que estaba sentada, como movida de súbito resorte, y poniendo su extraviado mirar en el anciano, el cual afirmó:

—Siéntate, déjame hablar; ten calma (cada una de estas frases las subrayaba, digámoslo así, con acento persuasivo y acción de manos equivalente.) Comenzaré por contarte cosas añejas, que tú ignoras, por explicarte algo que no sabes... ¡Cordero celestial! ¡no te llenes de zozobra hasta ese punto! ¡Si parece que arde en tu rostro todo el fuego de la chimeña! ¡Qué ojos tan terribles me echas! ¡Qué aspecto de loca tienes ahora!... Ana, Ana, por Dios y los santos clavos, serénate. Mira, bebe un poco de agua... Toma, aquí hay un vaso.

Alzóse el clérigo, y de una pequeña mesita de rico sándalo maqueado tomó una copa y vertió en ella el contenido de una botella de cristal. Despues hizo beber á la señora de Añorbe.

—Ahora vamos por partes... No quiero re-

cordar aquellos deplorables devaneos tuyos con Pepe Armental... Amores como esos no se han visto... ¡Cordero celestial! Yo no entiendo mucho de estas cosas, pero sí te aseguro que nunca pude concebir en sér humano capricho mas terco é invencible que el tuyo por aquel... desgraciado. Tu padre cometió una sola necesidad en su vida: oponerse á tus deseos en este particular, como se oponen á la dicha de su hija los padres de las tragedias. El resultado era presumible. Tú eras la misma mansedumbre, y te trocaste en la fiereza misma; tú eras la discrecion andando, y te convertiste en la imágen de la demencia. ¡Infeliz padre! ¡Válgame el Señor!... Vino á agravar el caso la conducta poco prudente de tus tios los marqueses del Sacro-Pozo. Aquellos pobres viejos que, dicho sea con el respeto debido á su linaje, no tenian pizca de seso, se embobaban oyendo referir las gracias y aventuras de Pepe Armental, y con sus elogios y auspicios creció en tí eso que llaman los poetas llama de amor. ¡Llama diabólica! ¡Llama del infierno! ¡Rescuerdo que pone Satanás en los pechos humanos para hacerlos suyos!...

La señora de Añorbe lloraba con su hermosa cara oculta en un pañuelo.

—¡Yo, que fui entonces la única persona que asistí á tu padre en su soledad; yo, que le consolé con los usos de la piedad cristiana, conservo bien triste memoria de aquellos

días!... Tú, separada de esta casa, y con los marqueses que autorizaban tus amores con Armental... Tu padre, ahogándose de rabia, de despecho... de santa indignación, al mirar burlada su autoridad por unos parientes mentecatos y una hija alucinada... ¡Cordero celestial! créeme que esto es como un sueño. Si alguien me hubiera dicho á mí: «¿Ves á Anita, á la celestial y virtuosa Anita, á esa niña con carilla de ángel, y alma de ángel también, que sólo piensa en su canario, en sus rosales y en sus devociones? Pues va á encontrar un hombre, un cualquiera, un jovenzuelo sin mérito y sin decoro, y se va á enamorar de él hasta el punto de desobedecer al honrado caballero que la ha engendrado, hasta el punto de...» ¡Cál! ¡Cómo era posible que yo lo hubiese imaginado verosímil, si no lo era? ¡Fascinadilla andabas, muchacha! ¡Cordero celestial! ¡Qué cosas permite el Altísimo!

Seguía llorando Ana. Suspiros y congojosos alientos entrecortaban su llanto, y su seno se agitaba, hinchándose y deprimiéndose con angustia. Las manos de la atribulada señora, puestas delante de su rostro, á manera de máscara del dolor, dejaban caer por entre los dedos lágrimas que resbalaban sobre la seda del vestido, á modo de partículas diamantinas.

—Don Pedro,—dijo deteniéndose á cada palabra para exhalar un sollozo,—es Vd. muy

cruel. Me pinta Vd. esos tristes recuerdos con una minuciosidad que asesina. ¿Es necesario, acaso, referirme lo que yo no podré olvidar nunca?

—Sí que lo es. Si no lo fuera, ¿lo haría yo? ¿Puedes llamarme cruel, cuando conoces el grande afecto que te profeso?... Mas es necesario traer á colación estos acerbos dejos de la memoria, para tomar pié de ellos y continuar contándote lo que desconoces, sí... Pasaré en volandas por tu desgracia, por tu vergüenza al regresar á estos santos dinteles, de donde habías salido pura é inmaculada, como la doncella de Judea, y á donde venías abrumada bajo la pesadumbre de una falta, y sintiendo los primeros dolores de la maternidad... ¡En esta misma habitación pasastes dos meses de cruel sufrimiento... sola, aislada, sin otros cuidados que los de la pobre Francisca, sin otra visita que la mía, cuando por encargo de tu padre procuraba infundirte el consuelo divino de la penitencia!... Parecía que la vida estaba acabada para tí, que las fibras de tu alma iban á estar vibrando con estremecimientos de dolor hasta que muriesen, como un enfermo incurable que cesa de vivir y llorar, todo á un tiempo. Trascurrieron los días, y lo que sólo era motivo de pena comenzó á ser motivo de vergüenza... Llegó el instante en que habías de rendir á la naturaleza aquel tributo de lágrimas que Eva legó á sus

descendientes... Tu padre, cuyo carácter inexorable y rígido fué siempre poco propenso al perdón, á las contemplaciones, á transigir con el mal—¡oh sublime varón, qué bien entendía los deberes cristianos!—íbale poniendo terrible, ceñudo; y su trato, que antes fué, si no dulce, cortés al menos, volvióse duro y áspero como el de la lima. No era posible hablarle sin sentirse herido por alguna palabra de esas agudas que podían considerarse como armas arrojadas, pues atraviesan las almas cual flechas de hierro... Yo mismo, á pesar de nuestra antigua amistad, no me libraba de su enojo, y siempre que le aconsejaba la calma, la resignación y el olvido de tus culpas, su carácter indómito y duro estallaba en ruidosa tempestad de frases de venganza y odio para tus tíos los de Sacro-Pozo, para tí misma... pobre Anita, sí... Yo miraba acercarse el momento en que debías dar á luz... ¡Horroroso día! Soñaba con él, como con el día del patíbulo sueña el reo; parecíame que sus veinticuatro horas eran al modo de veinticuatro tentáculos de monstruoso pulpo, con los cuales iba á ahogarnos á todos. Sentía sus pasos en la tierra, como dice un Santo Padre que sentía en el desierto los pasos del *Simón*: «Su caballo bramaba, y pateando en la arena, á cada paso suyo caía al suelo una esperanza mía de ser dichoso...» Una noche me decidí á hablar de este asunto á tu padre. Estaba solo,

según costumbre, en su despacho y leyendo, por mejor decir, meditando, con la cabeza suspendida entre ambas manos, sobre el abismo de los pensamientos lúgubres, los cuales se reproducen y nacen unos de otros, como la lombriz, bullendo en rebaño inquieto y azorante ante la pupila observadora de la conciencia.

—«Anastasio,—le dije, vengo á hablarte de algo que nos importa mucho, muchísimo.»

—«Supongo de qué se trata... Esa desdichada Ana se encuentra en un estado vergonzoso. Pronto dará á luz, pronto se oirá en esta casa llanto de un niño. ¡Ah! ¡Entonces voy á saber cómo lloran los diablos! Porque ese maldecido sér está engendrado por Satanás... No, no; de otro modo, ¿cómo hubiera podido pecar esta criatura, á quien yo inspiré todas las virtudes de su madre, todo el decoro de la doncella cristiana?»

«Traté de calmarle; pero me sucedió lo que á esos tunantes *comuneros* de París que, para apagar los incendios, echaban sobre las casas que ardían petróleo y gasolina. Eso tuve yo el poco acierto de hacer, y, provocando los furioses de aquel león, oí maldecirte, oí recriminaciones atroces á tus tíos, á Pepe Armental, á él mismo, por... ¿lo digo? sí, pues que quiero que lo sepas todo, absolutamente todo... á él mismo se maldijo por haberte dado la existencia.»

Doña Ana dejó escapar de sus labios un lamento, y un estremecimiento nervioso agitó su sér.

—¡Ana, Ana, vamos! Mejor será que suspenda mis confidencias para mañana. Has agotado tus fuerzas en esta batalla con los recuerdos... Me marchó... Pero quiero dejarte tranquila... ¡Cordero celestial! que no se descubra este misterioso arcano; que nadie imagine siquiera lo que acontece... qué no demos lugar á que alguien abrigue sospechas, ¡por Dios!

La dama no respondió á estas palabras. Seguía llorando, con un llanto silencioso, mas lleno de suspiros hondos, ahogados, que conmovían el alma, haciendo acudir á los ojos las lágrimas, por esa ley de simpatía que establece yo no sé qué parentesco entre las desgracias grandes y los pechos generosos. Puso D. Pedro su venerable mano en la frente de Ana, y quiso obligarla á que la alzase. No pudo. ¡Cuánto pesa un dolor verdadero!

—Hija mía—añadió el cura con el aire del médico que, despues de haber hecho la amputacion, trata de contener la hemorragia aplicando algodones.—A tí te han perdido siempre las exageraciones. ¡No vaya á suceder ahora lo mismo! Repito mi axioma favorito: «¡Calma primero, calma despues y siempre calma!...» Debo recordarte, para tranquilizar algun tanto ese espíritu, que tú has purgado

aquella falta en gran manera con una vida larga de infortunios llevados con paciencia, con una vida de torcedores internos, de esos que se traen en el corazon como una espada, sin que el mundo se entere de ello; que con la abdicacion completa de tu voluntad hecha á tu padre, en obsequio de tu padre, por bien del ilustre apellido de tu padre, te has impuesto la penitencia mas eficaz y saludable para tus intereses celestiales... Sólo te falta otro pequeño sacrificio; el último... Yo te explicaré cuál es... Ese cáliz de amargura de que antes hablamos, no contiene ya sinó los posos del brevaque que has saboreado durante diez y seis años... Apúralos, y ya hemos acabado... Esto es como tomar una medicina poco gustosa.

Tampoco contestó la señora de Añorbe á estas palabras. Pero al cabo de un rato, alzó su semblante, abrió sus ojos, donde ya no habia lágrimas, sinó el enrojecimiento de la córnea que sigue á aquellas, y dijo así:

—No sé por qué me asusta ese nuevo sacrificio que Vd. me propone, padre Hernandito. ¿Qué mas quiere Vd. de mí? Mandóme Vd. un día que arrojara lejos de mí el albedrío, la voluntad, como se arroja un trage inútil, y le eché á vuestras plantas para seguir caminando por la pendiente. Usted me ayudaba á subir, y me exhortaba á que adelantase por aquella senda, y con sus propias manos me

clavaba en las sienas las coronas de espinas. cada vez mas duras y penetrantes. Creí haber llegado á la cumbre; usted así me lo aseguró; pero yo experimentaba momentos de duda. «¿Habré llegado á esa cima donde el pecado se redime?—pensé muchas veces.—No es posible. Aún falta algo por hacer.» ¡Bien me decia mi alma! Aún quedaba algo: aún quedaba por remediar la desventura de esa niña, á quien el egoismo de mi padre...

—¡Ana!—baluceó el cura con asombro.

—¡Sí!—repuso Ana pronunciando estas frases con duro acento—á quien el egoismo de mi padre ha hecho infortunada, miserable, pobre... Pero, dígame Vd. dónde está... Usted me lo va á decir, sí, ¿no es cierto?... ¡Ni sé cómo te llamas, niña sin suerte, que eres hija mia hasta por la desgracia!... ¡Todo porque un apellido honrado no se manche! ¡Todo porque un nombre ilustre no se desdore!... Yo merecia la muerte, pues cometí una infamia sin igual, afrenté á mi padre y desobedecí á Dios... pero ¡esa criatura!... Me la arrebatásteis de entre los brazos, cuando aún calentaba su corazoncito el ardor trasmitido por el mio á sus venas; cuando aún no se habian separado nuestras existencias... ¿Y luego?... Luego quise preguntar por ella, me armé del valor de la energía, del derecho que le asiste siempre á la madre, y mi padre se negó á responder. ¡Me negaba el derecho de interrogarle

sobre la suerte de mi hija! ¡A mí, á una madre!... No tuve valor para resistir su cólera. Yo me reconocia culpable, y reconocerse culpable es declararse vencido. Callé, pues, callé para siempre; pero si mis lábios no, mi alma murmuraba á solas esta pregunta: «¿Y mi hija? ¿Y mi hija?...»

El sacerdote miraba atentamente la llama de la chimenea, y habiendo cogido uno de esos largos utensilios de hierro que por su propio nombre llamamos tenazas, púsose á urgar la ceniza, y á amontonar unos sobre otros los pedazos de leña, que ya estaban á punto de consumirse.

La señora siguió diciendo:

—Momentos ha habido en que he pensado que lo que Vd., mi padre y yo hemos hecho con el pobre Aciselo no merece otro nombre que el de una comedia repugnante.

D. Pedro dejó de arreglar el fuego, y soltando las tenazas, puso ambas manos sobre las flacas rodillas, y miró á doña Ana.

—Sí; lo he pensado muchas veces—continuó ésta.—Vino de América, despues de haber pasado allí una existencia de trabajo honrado, penoso, duro; despues de haberse conquistado una fortuna en las azarasas luchas del comercio, y era merecedor de mas noble acogida: Sin conocerme casi, pide mi mano, y entonces mi padre, en vez de consultar mi deseo, en vez de declarar á Aciselo mi pasada falta—¡oh